

Marta Vergara

## Reflexiones

**M**UCHO se ha dicho sobre los perdidos encantos de la mujer moderna; todo aquello que se fué con la crinolina, el miriñaque y el bastidor. Apareciendo en las oficinas, en las escuelas universitarias, en los Parlamentos y por otro lado hasta en la modesta plaza de un guardián, dijo un adiós tal vez definitivo al mirar abajo, al sonreír callado y a la dulce y resignada quietud ante la vida. Hoy habla, escribe y gesticula exponiendo ante los ojos varoniles el posible y nuevo encanto de la mujer dinámica. Y quizás ante el juicio de los siglos cada aspecto tendrá allá su pedestal. En cambio el hombre ha perdido algo que nada tal vez le valdrá más. ¡Ha perdido el misterio!

Dicen que no son sólo los hombres los que lo han perdido, pero ese misterio de la mujer antigua sólo existía para el exterior, a través de mantos y rejas. Su espíritu, cual el de un niño, era claro y transparente para el hombre que la hacía suya, que vivía en su contacto. Mas él, era para la mujer ese mundo entero existente más allá de su balcón. Todos esos infinitos caminos que desde él partían llevaban siempre a un hombre. Los poblaba con la imaginación, presta a desarrollarse en la quietud, de mil cosas presentidas y hermoseadas a fuer de imprecisas. El encarnaba y daba vida a toda esa belleza. Así su sola presencia portaba inquietud, pues representaba todo aquello no vivido, todo lo vedado. Hoy aún sin haber vivido ya sabe

del misterio. Un hombre es un señor igual al compañero de oficina o de tranvía. Una persona con la cual se codea familiarmente, con la cual discute, con la cual compite. Algo que ya no tiene mayor interés. Este pobre ser extraordinario ya no es siempre extraordinario. Ya no pertenece a otro mundo ni es hecho de otra cosa, sino de las mismas miserias comunes. Ni ya le acomoda su papel de Virgilio en cuanto al paraíso, que sólo lo veían así, los ojos asombrados. Hoy para éstos, muy abiertos, él tan sólo trae la migaja de mentira ilusionada. Último reclamo de lo que fué el eje de la vida: el sentimiento. Últimos latidos de esta humanidad que ya no es «sentimental».

La atracción misteriosa del hombre por el hombre, es algo muerto, definitivamente muerto; hoy tan sólo alcanza a los temperamentos extremos o a la provincianita que el siglo dejó atrás.

Y así se engendra hoy muchas veces la castidad del escepticismo, y así también tuvieron lugar en otros tiempos las hazañas de don Juan y los escalamientos de balcón por hombres tan sólo vislumbrados.

En nombre de la imperiosa necesidad de soñar pensemos que dar la vuelta quizás sería un bien.

\* \* \*

Leer la historia de la humanidad es llegar a la angustia espiritual.

Hay hechos que entristecen por el error o ferocidad que significan, pero no es esto lo que da más hondamente la nota de tristeza. Cuando acontecen aparecen como hechos aislados, los creemos «lunares» de la civilización; pero cuando leemos historia miramos en conjunto, y poco a poco nos va invadiendo lenta, pero segura, la sensación del caos.

En nuestra ingenuidad hablamos de «los tiempos atrasados», y en el fondo de cada cual está sin analizar, como un prejuicio, como algo establecido, la asociación del progreso y los siglos en un mismo caminar...

Existe el mejoramiento de las cosas materiales, pero ¿y la ar-

monia de la vida? Cada invento sólo cambia las fases de un problema. La humanidad aparece como un inmenso hacinamiento humano que se estrella contra una infranqueable muralla china, sin encontrar nunca la salida.

El egipcio que trasportaba piedras, bajo la acción del látigo, para formar la pirámide de Cheops es hermano del que hoy contribuye a construir un rasca-cielos. Ambos son esclavos de distintos amos: uno lo era de un hombre, el otro del dinero.

Los hijos de los espartanos, cuando eran débiles, no tenían derecho a la vida, porque serían los vencidos del mañana. Los hijos de este siglo a los cuales las mujeres ahogan bajo sus almohadas, tampoco tienen derecho a ella, porque la tierra entera se muestra inhospitalaria a ese alumbramiento.

El hombre de hoy, al construir para el porvenir, en el orden espiritual, debe pensar que su esfuerzo no alcanzará gran número de generaciones. Surgirá fatalmente ese suyo entre los suyos, colocado en la misma planicie desde la cual él mira la vida. El problema habrá dado la vuelta.